
Francisco Javier HERNÁEZ

El retorno de los jesuitas: relación de los sucesos ocurridos en la misión peruana de 1871 a 1875 escrita por el padre Francisco Javier Hernández de la Compañía de Jesús (Estudio preliminar de Adolfo Domínguez, SJ)

Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima 2022, 134 pp.

Las relaciones concernientes a las labores de órdenes religiosas han llamado la atención en América, pues nos describen no sólo la obra misionera o la vida interna de la organización, sino que muestran la vida política, social o económica de su tiempo. Han sido muy numerosas las publicaciones de estos documentos, particularmente para la época colonial, entre los siglos XVI y XVII, dando cuenta de la evangelización

de las poblaciones, la vida piadosa y otros temas. Sin embargo, aunque estos trabajos siguieron elaborándose, pocas de ellas, referidas al siglo XIX –cuando ya estaban constituidas las repúblicas iberoamericanas– han sido publicadas. La relación que comentamos se inscribe en ese terreno de lo singular y escaso.

La llamada *Relación de los sucesos acaecidos...* del padre Francisco Javier Hernández,

SJ, es un manuscrito del archivo histórico de la Compañía de Jesús en la ciudad de Lima, repositorio que guarda materiales de la vida de la provincia peruana, particularmente después de su retorno al Perú, tras la expulsión del Imperio español en 1767. La *Relación* trata de los primeros años de restablecimiento, escrito por el padre Hernáez, superior de los recién llegados, para el padre general Peter Jan Beckx (1853-1887), residente en Roma. El archivo conserva un ejemplar de este escrito, que anteriormente historiadores jesuitas, como Armando Nieto o Jeffrey Klaiber, consultaron para sus trabajos. Respondiendo a un interés difusor, la Compañía ha tenido a bien darlo a conocer.

Se trata de un conjunto de tres textos del padre Hernáez, en castellano, que narran los cuatro primeros años, de 1871 a 1875, de labor de la misión peruana. Está acompañado de un texto en latín, preparado para ser enviado a la curia general, donde se recogen los primeros dos textos, y un final original donde plantea la posibilidad de la misión en la ciudad de Arequipa. En la obra que comentamos, la parte castellana ha sido adaptada a la escritura de hoy, para mejor comprensión, y tiene por título *Historia de la misión peruana o Misión del Perú*, según apunte del mismo Hernáez, y en latín *Initium Misionis*, por lo que el título del libro parece construido posteriormente por quien agrupó los diversos textos.

Inicia el libro con un breve estudio preliminar de Adolfo Domínguez, SJ, donde recuerda que, restaurada la orden, volvieron a México en 1816, pero no sería hasta 1844 que llegaría un grupo de ellos al país, y otro en 1851, pero no pudieron instalarse merced a la fuerte resistencia liberal y antijesuita existente, tanto que en 1855 y 1865 hubo leyes expresas que les impedían el ingreso. Menciona que este fue posible en 1871, gracias al obispo de Huánuco,

Manuel Teodoro del Valle, con la colaboración del gobierno de turno. Llegaron siete jesuitas, entre ellos el padre Hernáez, que fue el superior. A continuación, esboza Domínguez una rápida biografía de dicho sacerdote, quien vivió en Ecuador, en Guatemala, en Perú, para luego regresar a España y morir en Francia, en 1876.

Tras la introducción se presenta la obra. La relación cubre un espacio de cuatro años de misión, de 1871 a 1875: un cuaderno, de 1871 a septiembre de 1872; otro de septiembre de 1872 a septiembre de 1873; y el último de septiembre de 1874 a septiembre de 1875. En estos textos en castellano, como en su versión parcial en latín, salen a relucir varios aspectos que quiero destacar.

En primer lugar, se trabaja aspectos de la labor misionera del grupo desde su llegada, primero en Lima y luego en Huánuco, en la zona central del país. Así nos narra la llegada a Lima, el recibiendo más bien frío en una sociedad desconfiada debido a lo que sobre ellos se dijo por décadas, sus frustrados proyectos de colegios, y la creación de una pequeña residencia y la labor que realizó uno de sus sacerdotes. Igualmente, nos habla de su presencia en Huánuco, haciéndose cargo de la labor en el seminario y en otros ministerios. En general en esa descripción de la labor misionera abundan observaciones y actividades del grupo y el acercamiento a ellos de la gente. Se resalta la labor de las mujeres, que en Lima sostienen la fe, y que en ambos lugares permiten la perduración de las enseñanzas cristianas. Incluso se menciona, al narrar el trabajo en otra ciudad, Tarma, cómo fueron importante las mujeres, presionando para que todos fuesen a la confesión (p. 47). Al contrario de los hombres de Lima, por ejemplo, y del país: flojos para el bien y el mal (pp. 84-85), según se asevera. También se resalta el poco trabajo de otros ministros con los indios, criticando que, bajo el pre-

texto que no saben la doctrina, se olvidan de ellos (p. 45).

Un segundo aspecto que quiero destacar es la hostilidad de los liberales y políticos, y la indiferencia de muchos eclesiásticos. En Lima, destaca Hernáez que pocos eclesiásticos les ayudaron: los mercedarios y mons. Pedro Tordoya, ante todo. A Tordoya lo aprecia, al narrar su apoyo a poco de llegar y más tarde, cuando fue nombrado obispo de Cusco y trató de que extendiese la labor a aquella ciudad, aunque en algún pasaje lo critique veladamente por seguir manteniendo una renta que no le corresponde (p. 81). Valora inicialmente al político Manuel Pardo, pero lo denuesta sin decir su nombre cuando ya fue presidente (1872-1876), al convenir con el Congreso que no sea su benefactor Manuel Teodoro del Valle sino Francisco Orueta y Castrillón el nuevo arzobispo de Lima (pp. 71-74) –fue famoso ese caso, donde se desconoció el nombramiento de Valle, ya preconizado–. A este arzobispo no le tiene mucho aprecio, como tampoco a otros prelados del país (pp. 97 y 99), ni a un «tránsfuga» de la Compañía que fue director del Colegio San Luis Gonzaga (p. 31). Pero sobre todo critica a liberales y masones. Nos recuerda la hostilidad del Congreso y de miembros del gobierno de Pardo, como el prefecto de Huánuco, que cerró su residencia en aquel lugar. También critica a José Gregorio Paz Soldán, fiscal de la Nación, que trató de expulsarlos con ayuda del Congreso. Igualmente, a F. P. G. Vigil, exsacerdote e ideólogo liberal, a quien le dedica una nota al final.

Por último, un tercer aspecto que quiero destacar es el estilo narrativo del texto de Hernáez, que trasluce su percepción de la modernidad y las personas, indicándonos, más que una mentalidad de antiguo régimen, una ultramontana. Hay un interés muy claro en mostrarnos la diferencia entre

la modernidad y sus perversiones, asociada a la vida urbana y cosmopolita, frente a la vida sencilla y religiosa de los pueblos. En sus observaciones sobre Lima insiste que es una ciudad azotada por los males de ideas y comportamientos nuevos: «ciudad tan apestada de errores» (p. 40), «el emporio de la peste religiosa... arsenal de la propaganda donde se encuentran las producciones más malignas de Europa y cunden como cáncer de la sociedad» (p. 29). Igual ocurre cuando visita Cerro de Pasco, lugar minero de la sierra central, con muchos migrantes, bares y trabajo intenso de las fundidoras, «horrorosa la corrupción del Cerro... los corazones están metalizados y el socorro del pobre lleva la condición del maligno» (p. 54). La tecnología es vista como algo terrible, pues se pregunta qué no inventaran por la plata, «y... nadie inventa máquinas para salvar estas pobres almas» (ibid.). En contraste, los pobladores de Tarma, Jauja o Huánuco, en las serranías andinas, son percibidos como gente piadosa y sencilla «sin contagio alguno del siglo presente» (p. 51), gracias a la «cordillera que intercepta el paso de las luces modernas» (p. 43), aunque intuye que la llegada del ferrocarril que une Lima y la costa con aquella región, en ese momento en construcción, pronto cambie las cosas. Los indios son percibidos con una mirada paternal, pues corren «como ciervos» a la misión, dado que viven infelices en sus costumbres (p. 45).

Debemos comprender la vivencia de Hernáez, misionando en Ecuador, de donde fue expulsado por un gobierno liberal, y luego en Guatemala, Perú, España o Francia, en un tiempo donde la confrontación contra los gobiernos liberales fue feroz. Ello es esencial para apreciar un ejemplo de pensamiento ultramontano, crítico de la modernidad, que existía a ambos lados del Atlántico. Además, se puede apreciar

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

su fuerte discurso providencialista, disperso a lo largo de la obra (por ejemplo, en las pp. 66 y 68 y particularmente en la p. 94, al hablar de las desgracias personales de un prefecto que actuó contra ellos).

Esta *Relación* es una obra que permite acercarnos a un entendimiento de las po-

sibilidades que ofrecen los discursos y los contenidos de segundo plano, y ayuda a describir a algunos hombres religiosos en una época de disputas en contextos de modernidad.

Fernando ARMAS ASÍN
Universidad del Pacífico
Lima, Perú